

**Aprendizajes de los acuerdos
de paz en Centroamérica:
la mirada de un mediador.**



Aprendizajes de los acuerdos de paz en Centroamérica: la mirada de un mediador¹

Learning of the peace agreements in Central America: the opinion of a mediator

María Eugenia Bonilla Ovallos²

¹Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB), Bucaramanga, Colombia.

Artículo recibido en enero de 2015; artículo aceptado en marzo de 2015.

Citación del artículo: Bonilla, M. E. (2015). Aprendizajes de los acuerdos de paz en Centroamérica: la mirada de un mediador. *I+D Revista de Investigaciones*, 5(1), 6-22.

Resumen

Este artículo presenta la mirada objetiva de un actor relevante en la construcción de paz en Centroamérica: Óscar Arias Sánchez, Premio Nobel de Paz en 1987, quien compartió con la comunidad académica su experiencia, permitiendo así vislumbrar los principales retos que enfrentaron los países durante el periodo de negociación y la etapa de posconflicto.

Palabras clave: procesos de paz, Centroamérica, conflicto armado, postconflicto.

Abstract

This article presents the look and vision of a

major player in building peace in Central America: Óscar Arias Sánchez, Nobel Peace Prize in 1987, who shared with the academic community experience allowing a glimpse of the main challenges faced by countries in the period of negotiation and post-conflict stage.

Key words: peace processes, Central America, armed conflict, post-conflict.

Introducción

Los conflictos armados en Centroamérica, como muchos otros de la región, hundían sus raíces en décadas o siglos de luchas sociales e injusticias, y su salida negociada, que enfrentó

¹El artículo, de tipo reflexivo, es el resultado de los diálogos que sostuvieron investigadores de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB) con el nobel de paz Óscar Arias Sánchez, en el marco de la undécima Feria Ulibro, realizada en la UNAB en el año 2013. Además, es un extracto y adaptación del aporte realizado por la autora al libro *Óscar Arias y el Proceso de Paz en Colombia*, de Roberto Sancho Saldarriaga y María Eugenia Bonilla Ovallos. El artículo pertenece al Grupo de Investigación de Ciencia Política del Instituto de Estudios Políticos de la UNAB, específicamente a la línea de No violencia, Paz y Posconflicto. Fecha de inicio: febrero de 2014, fecha de terminación: junio de 2014.

²Economista, Universidad Santo Tomás de Bucaramanga. Doctoranda en Procesos Políticos Contemporáneos, Universidad de Salamanca-España. Docente investigadora del grupo de Ciencia Política y de Instituciones Políticas y Opinión Pública, del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB). Dirección: Avenida 42 N° 48-11 Bucaramanga (Colombia). Correo electrónico: mbonilla566@unab.edu.co

constantes obstáculos, condicionó un periodo de transición caracterizado por una multiplicidad de retos. Como bien dijo Óscar Arias al recibir el Premio Nobel de Paz:

Las cicatrices que marcan a América son profundas. América busca, en estos años, retornar a la libertad y cuando se asoma a la democracia, ve primero la horrible estela de tortura, destierro y muerte que dejó tras de sí el dictador. Los problemas que debe superar América son enormes. La herencia de un pasado de injusticias se agravó con la nefasta acción del tirano para producir el endeudamiento externo, la insensibilidad social, la destrucción de las economías, la corrupción y muchos otros males en nuestras sociedades. Estos males están a la vista, desnudos para quien quiera verlos (Odelberg, 1988).

Si bien tras la finalización de los conflictos armados centroamericanos, los países han enfrentado dificultades de índole política, económica y social, las experiencias de Nicaragua, Guatemala y El Salvador se esbozan como ejemplos interesantes no solo de resolución pacífica de conflictos sino también en materia de postconflicto. De allí que este artículo se plantea el objetivo de revisar los aprendizajes de dichos procesos, a la luz de los aportes que hizo el expresidente de Costa Rica y premio nobel de la paz, Óscar Arias Sánchez, durante su visita a la undécima Feria Ulibro de la UNAB, el 26 de agosto del año 2013, en el marco de un conversatorio con investigadores, moderado, entre otros, por la autora de este artículo.

La relevancia de condensar las apreciaciones del nobel, radica en que Óscar Arias Sánchez es una de las personalidades de mayor prestigio

internacional en temas de negociación de procesos de paz y desmilitarización, por su trayectoria y aporte en la búsqueda de salidas negociadas a los conflictos armados en Centroamérica, dado que diseñó un plan, conocido como “Plan Arias”, y convocó a cinco presidentes centroamericanos, quienes firmaron el “Acuerdo de Esquipulas” el 7 de agosto de 1987, en el que se comprometieron a finalizar las guerras civiles que enfrentaba esta región del continente, a través del desarrollo de diálogos internos con las respectivas fuerzas insurgentes. Divulgar su experiencia resulta pertinente en medio de la coyuntura actual que enfrenta Colombia, caracterizada por la esperanza y la ilusión de un porcentaje importante de ciudadanos frente al escepticismo y la apatía de otro gran colectivo nacional respecto al acuerdo de paz vigente.

El artículo está estructurado en tres partes. En la primera se hace una breve descripción de los conflictos armados centroamericanos y de los acuerdos de paz que pusieron fin al periodo de enfrentamientos entre el gobierno y las fuerzas insurgentes, enfatizando en el papel de la mediación internacional en la búsqueda de los acercamientos. En la segunda parte se presenta un diálogo entre el autor del artículo y el doctor Óscar Arias, en donde se indaga sobre su papel como mediador y los principales obstáculos que enfrentaron los procesos de paz, así como los retos que ha enfrentado la Centroamérica del postconflicto. Finalmente, se presentan las conclusiones.

1. Conflictos y acuerdos en Centroamérica

Los conflictos armados que acontecieron en

Centroamérica durante el siglo XX, germinaron en medio de una estructura socioeconómica y una coyuntura política bastante homogénea, caracterizada por la fuerte concentración de la riqueza en manos de una oligarquía vinculada con los intereses norteamericanos, que generó amplias desigualdades sociales y limitó los espacios de participación política a través del establecimiento de regímenes dictatoriales y militares, encargados de reprimir el surgimiento de movimientos sociales que atentaran contra el mantenimiento del *statu quo* en la región (Carcach, 2008; Gordon, 1989; Casaus & Castillo, 1989; ONU, 1993, Bonilla, 2012).

La efervescencia de la movilización social y el desarrollo de la acción colectiva en los países de América Central se remontan a los años treinta del siglo pasado y estuvieron auspiciados por el surgimiento de partidos políticos de corte comunista, cuyas principales demandas giraban en torno a la puesta en marcha de reformas estructurales que estimularan un mínimo de justicia social (Casaus y Castillo, 1989; Álvarez, López & Morales, 1982). Dichas peticiones estuvieron lideradas por Farabundo Martí y Cayetano Carpio en El Salvador, Augusto Sandino en Nicaragua, el general Ferrero en Honduras y varios líderes bananeros en el caso de Guatemala.

Ante el fuerte eco de las demandas sociales y el posicionamiento de los líderes de izquierda en el escenario político de los diversos países, la oligarquía centroamericana apoyada militarmente por Estados Unidos, desató una fuerte oleada de represión que desembocó en el asesinato de los representantes más visibles del movimiento político, así como de sus

simpatizantes. En consecuencia, se estableció un periodo conocido como “la paz de los muertos”, en el cual las estructuras dictatoriales, representadas por Jorge Ubico en Guatemala, Hernández Martínez en El Salvador, Tiburcio Carías en Honduras y Anastasio Somoza en Nicaragua, asumieron el poder.

Posteriormente, en la década de los sesenta, en medio del auge de la Revolución Cubana, proliferaron en Centroamérica guerrillas inspiradas en los líderes comunistas de los años treinta. La respuesta gubernamental para contrarrestar estos movimientos desembocó, en la década de los setenta, en una fuerte militarización de la región (Díaz, Romero & Morán, 2010) caracterizada por el incremento del gasto militar y de las estructuras de seguridad legales e ilegales, de derecha y de izquierda. Dicha coyuntura dio paso al enfrentamiento armado entre el oficialismo y las fuerzas guerrilleras.

El epicentro de los conflictos centroamericanos fue Nicaragua, donde el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) se enfrentó a la dictadura de la familia Somoza que había estado en el poder durante varias décadas. Este conflicto, conocido como la “Revolución Sandinista” o la “Revolución Nicaragüense”, comenzó en 1961 y culminó en 1979, con el triunfo de los sandinistas, quienes gobernaron hasta 1984 a través de una junta revolucionaria. Sin embargo, el nuevo gobierno estuvo enfrentándose permanentemente a la Contra, un grupo de opositores organizados y financiados por EE.UU., quienes llevaron al país a un nuevo enfrentamiento armado que se prolongó desde 1982 hasta 1990, dejando un saldo aproximado

de 55.000 muertos y 700 desplazados (Fisas, 2010).

Otro conflicto armado contemporáneo de gran envergadura en Centroamérica, fue el ocurrido en Guatemala, con el enfrentamiento entre el gobierno y cuatro grupos guerrilleros (Ejército Guerrillero de los Pobres, EGP, Organización del Pueblo en Armas, ORPA, Fuerzas Armadas Rebeldes FAR, y el Partido Guatemalteco del Trabajo, PGT) los cuales, durante el proceso, se fusionaron en un solo grupo denominado Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG). Dicho conflicto duró treinta y seis años (1960-1996) y dejó un saldo de 200.000 personas muertas, 50.000 desaparecidos y la destrucción de seiscientas comunidades (Fisas, 2010).

El tercer conflicto interno armado en Centroamérica tuvo lugar en El Salvador. Este país estuvo inmerso en una guerra civil que duró doce años, entre 1980 y 1992, en la que se enfrentaron las Fuerzas Armadas salvadoreñas y el grupo revolucionario denominado Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Dicho enfrentamiento dejó como saldo aproximadamente 75.000 víctimas, entre muertos y desaparecidos (Fisas, 2010).

Es de resaltar que los tres conflictos mencionados encontraron una salida política negociada. En medio de la coyuntura de guerra, se pusieron en marcha desde la década de los ochenta, diversos mecanismos para promover la paz en la región. En este sentido los estímulos iniciales provinieron del ámbito internacional, como es el caso del Plan de Paz presentado en 1982 por el entonces presidente de México, José López Portillo, así como el posterior Proceso de

Contadora impulsado por Colombia, Venezuela, Panamá y México en 1983.

El Grupo Contadora desarrolló un fuerte trabajo diplomático, logrando que organismos internacionales como la ONU, la OEA y la UE apoyaran su Plan de Paz. Finalmente concretaron entre 1983 y 1986 la firma de cuatro actas, la última de ellas conocida como la “Declaración de Esquipulas”, en la cual los presidentes centroamericanos se comprometieron a restablecer y fortalecer los diálogos de paz. No obstante, ese mismo año Honduras, Costa Rica, El Salvador y Estados Unidos rechazaron el acta final, lo que generó el estancamiento de este proceso de mediación.

Posteriormente, en 1987 el entonces presidente de Costa Rica, Óscar Arias, presentó un nuevo plan de paz, titulado “Una hora para la Paz: Procedimiento para establecer una paz firme y duradera en Centroamérica”, conocido como el Plan Arias, el cual promovía las ideas de democracia, reconciliación, amnistía, cese al fuego, rechazo a grupos insurgentes, supervisión internacional y prohibición del uso del territorio centroamericano para impulsar la desestabilización política de otros países en la región. Luego de un proceso de negociación, la propuesta fue firmada por cinco mandatarios centroamericanos (Óscar Arias, de Costa Rica; Daniel Ortega, de Nicaragua; José Napoleón Duarte, de El Salvador; Vinicio Cerezo, de Guatemala y José Simón Azcona, de Honduras) concretándose de esta forma el “Acuerdo de Esquipulas II”.

El “Acuerdo de Esquipulas II” legitimó a los gobiernos centroamericanos y a los movimientos insurgentes de la región, abogando por la

amnistía general y por la vinculación de los militantes revolucionarios al escenario político nacional. Asimismo, determinó compromisos y deberes simétricos entre las partes inmersas en el conflicto, con el objetivo de superar las dificultades en cada país de forma paralela, para lo cual era necesario comenzar casi de manera inmediata con el proceso de democratización y activar los diálogos de paz nacionales (Rojas, 1987). Sin embargo, pese a la gran expectativa generada por la firma del “Acuerdo de Esquipulas II”, los pronunciamientos de la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento (CIVS) en torno al cumplimiento del mismo, fueron bastante desalentadores. Sumado a ello, el incremento desmedido de las violaciones de los derechos humanos que se estaban presentando en el marco del conflicto, lejos de “ser un revulsivo para el proceso de paz, sirvió como pretexto para provocar la fractura del mismo” (Díaz, Romero & Morán, 2010, 80).

No obstante, a nivel nacional, los tres países atravesaban por procesos de negociación que continuaron en marcha y que contaron con el apoyo de un marco para la paz regional que se concretó con la “Declaración de Costa del Sol” y el “Acuerdo de Tela” en 1989, los cuales reafirmaban los lineamientos generales del “Acuerdo de Esquipulas II”. En el caso de Nicaragua, el gobierno de Daniel Ortega inició conversaciones con miembros de la Contra en 1987. Estos primeros acercamientos se llevaron a cabo en República Dominicana y contaron con la intervención de representantes de la Iglesia Católica en cabeza de Monseñor Obando. Finalmente, las negociaciones desembocan en la firma de varios acuerdos que llevaron a la realización de elecciones presidenciales

anticipadas en 1990, cuando el Frente Sandinista acató los resultados y reconoció la victoria de la Unión Nacional Opositora (UNO). En medio de dicha coyuntura se ampliaron las expectativas para la culminación de una salida negociada al conflicto. En abril de 1990 se firmó el “Acuerdo de Cese al Fuego” definitivo entre el gobierno de Nicaragua y la Resistencia Nicaragüense (RN), lo que originó la desmovilización de los insurgentes, la reducción gradual de las estructuras militares y la puesta en marcha de una reforma monetaria que ayudara a resolver los graves problemas inflacionarios que atravesaba el país. Dichos procesos contaron con el apoyo técnico de organismos especializados en cabeza del Grupo de Observadores de las Naciones Unidas en Centroamérica (Onuca).

Por su parte en El Salvador, las negociaciones entre el gobierno y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) comenzaron en México en 1989 y contaron con la mediación de representantes de la ONU. Los diálogos se desarrollaron en los años de mayor intensidad del conflicto y desembocaron en la firma de varios acuerdos, entre los que se destacan el “Acuerdo de Ginebra” y el “Acuerdo de San José de Costa Rica” en 1990, el “Acuerdo de México” y el “Acuerdo de New York” en 1991 y finalmente el “Acuerdo de Chapultepec” en enero de 1992, firmado entre el gobierno de Alfredo Cristiani del partido Arena y la guerrilla del FMLN. El paso definitivo hacia la paz estuvo supeditado a conversaciones en torno a cuatro grandes temáticas que fueron definidas en el “Acuerdo de Ginebra”: 1) el establecimiento de una salida política al conflicto; 2) la instauración de un proceso de democratización; 3) la defensa de los derechos humanos y 4) la reunificación de

la sociedad. En consecuencia a grandes rasgos, los diálogos de paz desencadenaron la reestructuración de las fuerzas armadas del país, la creación de instituciones orientadas a la defensa de los derechos humanos y la reinserción de los exmilitantes de las fuerzas revolucionarias en la contienda electoral a través del reconocimiento del FMLN como partido político.

12

Finalmente en el caso de Guatemala, las negociaciones comenzaron a desarrollarse en 1987, cuando el presidente Vinicio Cerezo expresó su voluntad política en favor de la paz. El primer contacto entre representantes del gobierno y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) se llevó a cabo en Madrid. No obstante, el proceso entró en un estado de letargo que solo fue superado en 1994 con la firma del “Acuerdo Global sobre Derechos Humanos”. Posteriormente se firmó el “Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas” en 1995; el “Acuerdo Definitivo del Cese al Fuego” en 1996 y el “Acuerdo de Paz Firme y Duradera” entre la Unidad Revolucionaria Guatemalteca –URNG– y el gobierno de Guatemala, en diciembre del mismo año. Este proceso de paz contó con el apoyo de la ONU a través de la Misión de Verificación de los Derechos Humanos en Guatemala y derivó en una transformación política y social del país, mediante la reintegración de los excombatientes a la vida política, la reducción y reestructuración de las Fuerzas Armadas y la desmilitarización de la sociedad civil.

2. Diálogos con un mediador

—**María E. Bonilla:** Doctor Óscar Arias, usted es reconocido como un trabajador

incansable en la construcción de la paz. Diversos analistas concuerdan en afirmar que su liderazgo político fue fundamental para alentar los procesos de pacificación en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, precisamente en escenarios de tensión internacional poco favorables para la consecución de la paz, como es el caso de la guerra civil en Panamá y de las tensiones latentes entre los gobiernos de Estados Unidos y Nicaragua. ¿Puede contarnos cuáles fueron las acciones que usted realizó en pos de apoyar la salida negociada a los conflictos armados en Centroamérica? y ¿cuáles fueron los principales obstáculos que presentó dicho proceso?

—**Óscar Arias Sánchez:** Yo realicé mi campaña electoral ofreciéndole a los costarricenses mi mediación e intervención, con el objetivo de unir esfuerzos en pos de acabar con el conflicto armado centroamericano. En ese momento ya existía una iniciativa de paz soportada en la “Declaración de Contadora”. Contadora es una pequeña isla en Panamá, allí se habían reunido los Cancilleres de Colombia, México, Venezuela y Panamá y habían redactado una declaración en la que convocaban al diálogo como medio para restaurar la paz en la región.

Contadora enfatizaba en la necesidad de equilibrar las Fuerzas Armadas en los países que se encontraban inmersos en el conflicto. Lamentablemente, en Guatemala, El Salvador y Nicaragua eso era muy difícil de alcanzar, porque los Ejércitos y en general las Fuerzas Armadas, no estaban dispuestas a debilitarse, a perder poder. Al contrario, cada día su interés giraba en torno a hacerse más fuertes, más poderosos. Por esta razón, los militares se convirtieron en un

obstáculo serio dentro del proceso, el cual fracasó en junio de 1986, cuando se llevó a cabo la última reunión de Contadora.

En diciembre del mismo año realicé una visita a Washington, con el fin de entrevistarme con el presidente Reagan y con el vicepresidente Bush, quien había asistido a mi toma de posesión en mayo del 86. Recuerdo que les dije: “Yo no estoy de acuerdo con que el conflicto centroamericano continúe, ahora que Contadora fracasó; así que voy a introducir un nuevo plan de paz y solicitaré la ayuda de la comunidad internacional con el objetivo de que éste sea completamente exitoso”.

Cuando regresé a Costa Rica, comencé a pensar en cuáles serían los términos de dicho plan de paz y redacté un documento que contenía acciones concretas que podían ser útiles para la negociación y que, sobre todo, fueran bien recibidas por mis colegas presidentes. Desde luego tuve que pensar en los militares, que habían sido la piedra en el zapato durante el proceso de Contadora. También tuve que pensar en las cancillerías, dado que entre las cancillerías centroamericanas existían serias discrepancias y conflictos en aquel entonces, por lo cual era necesario tener también en cuenta ese tema.

La bandera de mi plan de paz fue la democracia. La democracia es un prerequisite para el establecimiento de una paz duradera en la región o en cualquier lugar del mundo. Mi mensaje iba dirigido principalmente al presidente de Nicaragua, Daniel Ortega. La primera vez que me reuní con él en Esquipulas, que es un pueblo pequeño en Guatemala, Ortega me había dicho: “Nosotros ganamos esta revolución y no pensamos convertirnos en una segunda Costa

Rica”, haciendo énfasis en que no iban a ser una democracia con elecciones cada cuatro años o cada cinco años. Yo le dije: “Bueno, la comunidad internacional los apoyó a ustedes en su lucha contra la dictadura de Somoza, pero no estábamos pensando que ustedes iban a construir una segunda Cuba”, a lo cual él respondió: “No nos convertiremos en una segunda Cuba, pero tampoco en una segunda Costa Rica”.

Ante la posibilidad de que en Nicaragua no se realizaran elecciones de manera regular, yo establecí, como prerequisite fundamental para la obtención de la paz en la región, la existencia de regímenes democráticos basados en la elección periódica y regular de sus dirigentes políticos. No fue fácil ponernos de acuerdo, yo viajé por el mundo entero. Me reuní con el papa y con Margaret Thatcher, con el fin de pedirles su apoyo y finalmente, conseguí que la comunidad internacional se pronunciara en favor de una salida negociada a los conflictos armados existentes en la región.

Finalmente, contra todo pronóstico y después de un trabajo muy intenso con las cancillerías de los países centroamericanos, se realizó en agosto del mismo año 86 una reunión en Guatemala. Yo les dije: “De aquí no salimos mientras no haya luz, hasta que hayamos arribado a un acuerdo y lo hayamos firmado”. En efecto, cuando salimos del hotel en el que estábamos y nos dirigimos al *lobby* donde había alrededor de trescientos periodistas del mundo entero, tuvimos la gran satisfacción de anunciar con entusiasmo que habíamos llegado a un acuerdo. Los periodistas no lo podían creer.

En Centroamérica, el acuerdo fue logrado

entre cinco presidentes. La mesa de negociación se estableció sin cancilleres, sin comandantes de la institución policial, sin militares, sin jefes de las Fuerzas Armadas. Anteriormente les comentaba lo difícil que había sido negociar con las cancillerías, pero fue aún más difícil convencer a las Fuerzas Armadas de Guatemala, El Salvador y de Nicaragua. En ese proceso, nosotros utilizamos el apoyo de la OEA, de Naciones Unidas, ellos colaboraron mucho.

14

Eran evidentes las diferencias que existían entre los liderazgos regionales. Entre el presidente de El Salvador, Napoleón Duarte, y el presidente de Nicaragua, Daniel Ortega, por ejemplo. Asimismo, era evidente la presión que ejercía Estados Unidos sobre el presidente José Azcona, de Honduras, para que estuviera en desacuerdo con el plan de paz. Yo lo que hice fue apelar, enfatizando en la responsabilidad que teníamos los cinco presidentes de Centroamérica de terminar el conflicto, de terminar la guerra, de terminar con las muertes innecesarias que se estaban presentando en las montañas de los países donde había conflicto. Les hablé de la necesidad que teníamos de volver a ver el futuro con esperanza, de vincular a la juventud en procesos constructivos para el país. Les recalqué que era lamentable que lo máspreciado de Centroamérica, la juventud, no estuviera en los colegios, en las aulas universitarias, sino en las montañas, con una AK-47, combatiendo. Teníamos que pasar esa página, teníamos que lograr que eso fuera parte de la historia y dejara de caracterizar nuestro presente.

El camino no fue fácil porque, debo decirles, que la presión de Estados Unidos era muy fuerte, ellos no querían un plan de paz y estaban

obsesionados con el triunfo militar sobre la insurgencia. Recuerden que Ronald Reagan tenía que demostrar que los Estados Unidos iban a ser muy fuertes contra el comunismo y que jamás permitirían que en América Latina se estableciera un segundo país comunista después de Cuba en su patio trasero. Incluso, en una oportunidad, el presidente Reagan se puso un *t-shirt* que decía: “Yo también soy un contra”, de tal manera que esa obsesión del presidente lo llevó a ponerle mucha presión a todos los presidentes latinoamericanos y sobre todo a las democracias de América Central, para que no llegaran a pactar acuerdos con la insurgencia. Sin embargo, pese a las presiones, los cinco presidentes centroamericanos asumimos la responsabilidad de regalarle a nuestra región la abolición de las cadenas del conflicto armado y firmamos la paz.

— **María E. Bonilla:** Según lo que nos acaba de describir, la culminación exitosa del proceso de paz centroamericano, como era de esperarse, no fue fácil. Requirió, entre otras cosas, tiempo, voluntad política, *lobby* diplomático, apoyo internacional y subordinación de poder policial y militar. El establecimiento de la paz que usted concibió se sustentó en la democracia. Según dijo anteriormente: “La democracia es un prerrequisito para el establecimiento de una paz duradera en la región o en cualquier lugar del mundo”. Seguramente defiende este sistema político porque es el único que en teoría rechaza la transgresión de los derechos humanos y porque ofrece herramientas a los ciudadanos para que el Estado se vea en la obligación de reconocer y respetar sus derechos, condiciones bastante demandadas por la población durante el período de conflicto.

No obstante, el fin de la violencia política en Centroamérica no se ha traducido en condiciones reales de paz ciudadana, como consecuencia del incremento de la violencia de tipo delincriminal. Varios países centroamericanos se encuentran actualmente en la lista de los países más peligrosos del mundo. La respuesta política ante dicho flagelo ha sido optar por la implementación de políticas públicas de seguridad y convivencia ciudadana altamente represivas, las cuales han llevado a las instituciones de seguridad a incurrir sistemáticamente en la violación de los derechos humanos, como lo han señalado diversos investigadores y varios organismos internacionales. Por lo tanto, ¿qué razones explican el aumento de la violencia delincriminal en Centroamérica? y ¿qué aprendizajes son fundamentales para evitar que estos fenómenos se presenten durante el proceso de transición?

—**Oscar Arias Sánchez:** Los índices más elevados de violencia en Centroamérica existen casualmente en los países que tuvieron conflicto armado durante varias décadas. En Honduras, Guatemala y El Salvador, se han venido registrando durante los últimos años, las mayores tasas de homicidios por cada cien mil habitantes. Por ejemplo, San Pedro Sula, en Honduras, es una ciudad más insegura que Bagdad en Irak y que Kabul en Afganistán. Ojalá esta no sea una premonición para el futuro de Colombia, no quiero afirmar que ustedes van a tener escenarios de mayor violencia delincriminal cuando logren acordar la salida negociada y concreten la firma de la paz. Ustedes, a diferencia de nosotros, tienen la experiencia y los aprendizajes de los procesos de paz que los anteceden en América Latina.

¿Cuáles son las razones del incremento de los indicadores de violencia delincriminal? La respuesta es compleja. No obstante, podemos señalar algunas causas. Todos los ciudadanos que estaban vinculados a la guerrilla, así como los miembros del Ejército y de la Policía, no entregaron todas las armas y no gozaron de un proceso de reinserción adecuado. Varios jóvenes que hacían parte de las filas guerrilleras y muchos otros que no encontraban oportunidades y estaban sumergidos en escenarios de pobreza, desigualdad y falta de apoyo del Estado, terminaron convirtiéndose en pandilleros.

Sumado a ello, la ola migratoria de finales de los años ochenta, en la cual muchos jóvenes viajaron a los Estados Unidos en busca de un mejor futuro y de cumplir el sueño americano, desembocó en la deportación y repatriación de un porcentaje importante de ellos, los cuales habían sido capturados por el gobierno norteamericano por delinquir en Los Ángeles, Nueva York y Chicago principalmente. Dichos jóvenes regresaron a Centroamérica y se vincularon a las pandillas que estaban surgiendo en la región y como consecuencia, se crearon la Mara Salvatrucha y la Pandilla 18, responsables en gran parte de las altas cifras de violencia delincriminal.

Algunos países, entre sus estrategias políticas, han utilizado al Ejército para luchar contra el flagelo de las pandillas y eso ha desembocado en varias críticas y escándalos de violación de derechos humanos. Mi país no tiene Ejército, así que los operativos han estado a cargo de la institución policial. Sin embargo, más allá del debate acerca de, si debe enfrentarse la problemática con el Ejército, con la Policía o si

deben hacerlo de manera conjunta, me parece a mí que la delincuencia se debe atacar resolviendo las causas que la generan. Y las causas de esa delincuencia son principalmente la falta de oportunidades con que cuenta la juventud.

Esa juventud de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, no tuvo la oportunidad de acceder al sistema educativo porque se encontraba en las montañas combatiendo. Yo estoy seguro de que el componente de gente joven en las FARC y el ELN es muy grande, de tal manera que cuando logren la paz van a tener que enfrentar lo que nosotros enfrentamos, por lo cual deben revisar nuestros aprendizajes y contribuir a que el proceso de reinserción sea más exitoso y que esté acompañado de la apertura de espacios educativos y laborales para dicha juventud.

Es cierto, los ciudadanos centroamericanos ya no se matan en la selva, ya no se matan en las montañas, pero se matan en las ciudades. Yo deseo que en Colombia dejen de matarse en las montañas y que logren firmar la paz. Una vez cuenten con ese acuerdo de voluntades, entonces deberán enfrentar la nueva problemática e intervenir. Y en este punto quiero enfatizar en que la mejor manera de enfrentar la delincuencia y la criminalidad, es dándole oportunidad a la juventud que se desmoviliza, y ese es un compromiso de todos los sectores de la sociedad.

El hecho de que se continúen violando los derechos humanos en Centroamérica no es excusa para cuestionar la paz. En medio del conflicto también se estaban violando los derechos humanos, incluso en una mayor proporción. Si ustedes tienen que escoger entre la vida y la muerte, por favor escojan la vida y terminen con la guerra.

En el caso colombiano, la comunidad internacional apoya la idea de que en Colombia se establezca la paz; difícilmente hay un país en el mundo que no esté de acuerdo con que ustedes terminen el período de violencia. Ni siquiera Estados Unidos se opone. Ustedes deben utilizar ese escenario exterior tan favorable para lograr la paz. Además la OEA, la Unasur, la Organización de Naciones Unidas para el Desarrollo, pueden ser piezas clave en la etapa posterior al conflicto. En el tema de la reconciliación, en lo de justicia transicional, los organismos internacionales tienen muchísima experiencia.

Sin lugar a dudas, los costos de la guerra son elevadísimos. Y cuando hablamos de costos no solo nos referimos a la cuantía económica, sino también a los costos sociales, psicológicos y culturales en los que incurre un país que atraviesa por dicho flagelo; por eso es mejor apuntarle a la paz y no a la guerra.

—**María E. Bonilla:** Según lo que nos ha contado, su campaña en pos de la paz se basó en concientizar a los gobernantes centroamericanos de que un futuro prometedor y esperanzador solo podía contemplarse en medio de un escenario de paz. Sin embargo, como usted mismo lo señala, durante el periodo de postconflicto la respuesta de las élites que ostentan el poder ha sido insuficiente ante la magnitud de la injusticia social que caracteriza a Centroamérica.

Si hablamos de las oportunidades con las que cuenta la población en general, encontramos que hay un diferencial abismal en el acceso y la calidad de los servicios médicos, educativos, laborales y pensionales, ante lo cual la sociedad civil continúa movilizándose en torno a la exigencia del reconocimiento y la garantía de sus

derechos. Lamentablemente, la respuesta de los gobiernos continúa siendo la misma, la represión, e incluso tiende a desacreditar dichas peticiones que, según ellos, antes eran soporte del comunismo y ahora son las excusas del terrorismo.

Pero no son excusas, son realidades que distan mucho de responder a las grandes expectativas que la firma de los acuerdos de paz generó en torno a un futuro esperanzador y prometedor. La desigualdad social, la corrupción, la concentración de la tierra y de los factores productivos, la estructura de impuestos regresiva que tiende a gravar con impuestos a las clases menos favorecidas y la represión institucional como respuesta a la movilización de las masas en torno a la defensa de sus intereses. Esa es la realidad centroamericana de postconflicto; entonces, ¿cómo podemos en Colombia confiar en que el proceso de paz contribuirá a resolver nuestras problemáticas socioeconómicas actuales? ¿qué debemos hacer para que nuestro período de postconflicto sea realmente esperanzador?

—**Oscar Arias Sánchez:** Muy brevemente, porque su pregunta nos puede tener aquí un par de horas: América Latina está en deuda con todo lo que usted señala. Somos la región más desigual del mundo. La mayoría de países de la región están cumpliendo doscientos años de vida independiente; sin embargo, no hay uno solo que haya superado estos flagelos. Ninguno de nuestros países ha logrado superar el estatus de país en vía de desarrollo. La desigualdad, la inequidad, los privilegios tributarios de las clases altas, la disputa por la tierra y la ausencia de una reforma agraria realmente transformadora de

realidades y redistribuidora de la propiedad, explican que las condiciones de vida de una inmensa cantidad de latinoamericanos sean bastante deplorables. En este sentido Centroamérica no es la excepción.

No obstante, tenemos en el mundo ejemplos de cómo la calidad de la educación ha contribuido a transformar las realidades. Hoy realizamos este conversatorio en una universidad y resulta preocupante que entre las doscientas cincuenta mejores universidades del mundo, solo se encuentra una universidad de América Latina. Las universidades de la región están muy lejos de ser las mejores, la educación en general no es buena, la calidad de la educación en toda América Latina es mala, este es el siglo de los asiáticos, no es el siglo de los latinoamericanos. ¿Y cómo lograron eso los asiáticos? Apostándole de lleno a la educación.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver esto con la paz? Si ustedes quieren avanzar en estos frentes y dar el salto al desarrollo, es vital que, en lugar de estar canalizando recursos económicos escasos para comprar armas y pagar soldados, puedan utilizarlos para ampliar la cobertura y la calidad de la educación y de la salud; para desarrollar la infraestructura que no han construido en doscientos años de vida independiente; para poner en marcha planes y programas que hasta el momento no han tenido posibilidad de financiamiento, dado que las arcas del Estado han sustentado el crecimiento de las instituciones de seguridad del Estado o se han dedicado a reparar los estragos de la guerra. Imaginen por un instante lo que sería este país si se les otorgara más poder a los programadores y diseñadores, en lugar de a los coroneles y a los generales, si

destinara sus recursos a comprar más libros y computadores, en lugar de más misiles y tanques de guerra; si algo tienen Colombia y América Latina en general, es potencial.

Es posible lograrlo. Recordemos por ejemplo, que Singapur hace cincuenta años era más pobre que Nicaragua, hoy tiene 45.000 dólares de ingreso por habitante; Corea del Sur era más pobre que México, que Colombia, que Costa Rica y que Brasil, hoy es un país del primer mundo. ¿Y cómo lo ha logrado? con educación y acceso a la información. La cobertura de internet en Corea del Sur es posiblemente la más elevada del mundo.

Yo he venido a Colombia para decirles que no pierdan la oportunidad de hacer de este proceso de negociación un proceso exitoso. En el pasado se han sentado varias veces a negociar y siempre se levantaron de la mesa sin llegar a acuerdos concretos. Hoy en día, ustedes llevan nueve meses de negociación, es un tiempo suficiente para tener el pacto de la paz aquí en Colombia y ojalá que cuando se levanten de esa mesa sea porque han llegado a un acuerdo en todos los puntos y pueden, en adelante, silenciar las armas; cincuenta años que se cumplen el año próximo es más que suficiente, de estar matándose entre hermanos y yo creo que todo lo que usted mencionó se va a poder enfrentar con mucho más éxito si realmente logran vivir en paz.

—**María E. Bonilla:** Sin lugar a dudas es muy esperanzador pensar en un país cuyo gasto público pueda destinarse a programas sociales o a incentivar el desarrollo de la infraestructura. Colombia es uno de los países de América Latina con los niveles más elevados de gasto militar.

Dicha institución ha venido creciendo considerablemente durante los últimos años y no es de extrañar que al igual que sucedió en Centroamérica, sean los militares los menos favorecidos con la firma de la paz, dado que su reestructuración sería inminente. Costa Rica es un caso excepcional en el mundo en cuanto a la estructura militar se refiere. ¿Cómo fue posible que en 1948 este país centroamericano hubiera prescindido del Ejército y en la actualidad no cuente con esta institución de seguridad?

—**Óscar Arias Sánchez:** Lo que Costa Rica hizo no es una receta para ser copiada en el mundo entero. En América, en Asia, en Europa, no. Pero tampoco es algo que no se pueda repetir. No es una utopía terminar con el Ejército y Costa Rica es la prueba de ello. Nosotros tuvimos un jefe de Estado visionario y con mucho coraje, quien después de ganar una breve guerra civil por defender el libre sufragio, decidió abolir el Ejército; el primer general victorioso en la historia de América Latina que acabó con el Ejército.

Nunca América Latina fue más democrática de lo que es hoy en día. Todos los países tienen democracias, aunque con distintos niveles de calidad y consolidación de su sistema político. La única dictadura de la región, digámoslo sin ambages, es Cuba. Sin embargo, el gasto militar de América Latina es de setenta mil millones de dólares anuales, lo que la convierte en la región del mundo que más ha aumentado el gasto militar en los últimos tiempos. ¿Qué justificación tiene? Ninguna. Sobre todo si tenemos en cuenta que solo en Colombia existe en la actualidad un conflicto armado.

Colombia tiene que gastar en armas porque atraviesa un escenario de conflicto, porque tiene que enfrentar varias guerrillas y porque hasta hace poco también tenía que hacer frente a las estructuras paramilitares en cabeza de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). De los impuestos que los ciudadanos pagan anualmente, Hacienda tiene que destinar buena parte de los recursos para comprar más armas y ampliar su base militar. Asimismo, las guerrillas - ustedes lo saben mejor que nadie - también destinan sus recursos para comprar armamento y material bélico. De manera que realmente no conocemos cuál es el verdadero gasto que Colombia asume para mantener operativas sus estructuras de guerra.

No es una utopía terminar con el Ejército. Yo no estoy recomendando esto para Colombia, desde luego una decisión de dicha envergadura debe hacerse tras la realización de estudios serios. Pero es posible que los países vivan sin ejércitos y Costa Rica no es el único ejemplo que tenemos de ello. Quizá la gran mayoría de ustedes desconoce que Panamá tampoco tiene Ejército. Yo fui a convencer a los panameños de que cambiaran la Constitución y abolieran la estructura militar, dado que tenía un Ejército que solo sabía dar golpes de Estado. Ellos, tras varias jornadas de deliberación, finalmente lo hicieron.

Asimismo, el presidente de Haití, Aristide, visitó Costa Rica en 1996. Yo lo invité para que conociera nuestra realidad, para que hablara con nuestros diputados, nuestros historiadores, nuestra juventud y sacara sus propias conclusiones sobre la percepción del pueblo costarricense, para que les preguntara si estaban de acuerdo en que nosotros hubiésemos abolido

desde 1948 el Ejército. Recuerdo que en aquel entonces le dije: “No hay ningún país en América Latina que hubiera tenido más golpes de Estado desde su independencia, que Haití. Yo le voy a ayudar a abolir el Ejército en su país si eso es lo que usted desea”. Con dicho propósito, viajé a Haití. Convencí a los militares, a los diputados, a los académicos. No se reformó la Constitución Política como sucedió en el caso de Panamá, pero sí se eliminó la partida presupuestaria que iba para el Ejército, de manera que este terminó también aboliéndose.

Acompañé además, intentos parecidos en el África subsahariana, sin que finalmente tuviéramos éxito. Pero quiero recalcar que contemplar a un país sin ejército no es una quimera, no es una utopía, no es una quijotada. Vuelvo y les repito, no es que esté diciendo que Colombia deba hacerlo, pero si hay países que viven sin ejército, ¿por qué Colombia no puede limitar y reducir su estructura una vez finalizada y concretada la negociación de paz de manera exitosa? Ustedes tienen una necesidad imperiosa, urgente, de firmar la paz.

Hoy en día el mundo no está pendiente de lo que pasa en Colombia. El mundo está pendiente de lo que pasa en Egipto, Siria, Irak, Irán, Afganistán y las dos Coreas. Pero los suecos, los franceses, los ingleses, los norteamericanos, los brasileños, los argentinos, los ecuatorianos no están siguiendo el conflicto colombiano, como lo siguen ustedes. El conflicto colombiano está desgastado tras prácticamente cincuenta años de guerra. Entonces, el tiempo está en contra de él.

Nosotros, en Centroamérica, como les he contado, hicimos el trabajo previo para los

diálogos en la reunión de presidentes que sostuvimos en Guatemala y de allí nos pusimos de acuerdo en el establecimiento de un Plan de Paz. Ustedes no tenían un documento previo sobre el cual trabajar, pero sí unos temas de discusión concretos. Han logrado avanzar en algunos de ellos y requieren tiempo para abordar los demás. Lo que no pueden permitirse es echar marcha atrás; medio siglo es más que tiempo suficiente para un conflicto como el suyo, suficientes estragos se han generado. Es hora de decir: Basta ya.

20

Conclusiones

De la experiencia de mediación del doctor Óscar Arias en Centroamérica, es posible extraer varios aprendizajes en torno a los procesos de negociación y al periodo de postconflicto. En primer lugar es importante resaltar la relevancia de la intervención internacional como promotor y garante de los acuerdos establecidos y, posteriormente, en el cumplimiento de estos durante el periodo de transición. El cúmulo de experiencia en materia de reconciliación, justicia transicional, trato a víctimas y construcción de memoria histórica con la que cuentan los organismos internacionales, resulta fundamental para la concreción de un acuerdo de paz exitoso.

En segundo término es fundamental reconocer que la firma de la paz es un anhelo altruista y benévolo para todos los países que se encuentran inmersos en un conflicto armado. De allí que ésta deba establecerse como objetivo político prioritario y, por tanto, los esfuerzos para impulsarla no deban escatimarse. Siempre será mejor que el Estado destine sus recursos para

invertir en programas sociales y en el desarrollo de la infraestructura con miras a mejorar la competitividad de su sector productivo, en vez de orientarlo al sostenimiento de las estructuras de guerra y a la reparación del capital destruido por éstas. Sin embargo, pese al panorama prometedor y esperanzador que despliega el fin del conflicto, es pertinente reconocer que éste solo representa el comienzo de un nuevo proceso en el que se requiere el fortalecimiento del Estado Social de Derecho para garantizar escenarios reales de paz y prosperidad ciudadana. En este sentido, para poder ver el futuro con esperanza, es necesario trascender a la firma de la paz y ampliar las oportunidades educativas y laborales de los grupos más vulnerables, permitiendo su inserción en la estructura productiva.

Nuevamente, la experiencia internacional resulta indispensable para encarar el proceso de transición y lograr el objetivo de fortalecer el Estado Social de Derecho, al permitirnos contar con los aprendizajes que se han derivado de la implementación de ciertas políticas públicas que han sido exitosas en la consecución de tal fin. De esta manera es posible disminuir los riesgos que lleva consigo el escenario de postconflicto, como es el caso del incremento de la violencia de tipo delincencial.

En tercer lugar, es de gran trascendencia para el establecimiento de una paz duradera, mejorar continuamente los niveles de calidad de la democracia. En consecuencia, la democracia se constituye como un prerrequisito fundamental para la paz, por lo que se requiere protegerla, refinarla y consolidarla como un sistema político que no solo en teoría, sino también en la práctica, rechace la transgresión de los derechos humanos

y del orden constitucional y ofrezca herramientas a los ciudadanos para que el Estado se vea en la obligación de reconocer y respetar sus derechos.

Finalmente, la experiencia de los procesos de paz centroamericanos permite inferir el obstáculo que las fuerzas armadas representan para la consecución de la paz. En este sentido, persisten las dudas de la pertinencia de vincular a este actor en el proceso de negociación, dado que en Centroamérica cada vez que incluyeron en la mesa de negociación a representantes de dichas instituciones, los diálogos resultaron fallidos. Lo anterior no resulta sorprendente si se tiene en cuenta que posterior a la firma de la paz, acontecieron procesos de reestructuración de las instituciones de seguridad que desembocaron en su debilitamiento y subordinación al control civil y a la justicia ordinaria.

Por otro lado, la reconciliación nacional puede ser un proceso doloroso, como muestra la experiencia en países como Sudáfrica, Argentina, Irlanda del Norte o los países centroamericanos, pero siempre es menos grave que continuar en guerra. En este proceso hay una gran dificultad, y es: ¿cómo mantener el equilibrio entre justicia o injusticia, memoria u olvido, verdad y reparación de las víctimas? es claro que ambas partes deben perdonar, pero no todo se puede perdonar, los crímenes de lesa humanidad deben ser dirimidos por los tribunales y la justicia nacional o internacional.

Al final, estos procesos requieren humildad, gran flexibilidad, y sobre todo, responsabilidad histórica de los actores y de la sociedad en general. También las experiencias internacionales muestran que no se necesitan

héroes, sino hombres y mujeres estadistas, que fomenten el diálogo y se enfrenten a la crítica y los intereses personales. Solo así se conseguirá lo que visionó en la Universidad Autónoma de Bucaramanga el premio nobel Óscar Arias Sánchez:

Anhelo un mundo que se parezca cada vez más a un campus universitario y cada vez menos al infierno de un conflicto armado. En muchos sentidos, un campus universitario es lo opuesto a un campo de guerra. En la universidad se promueve el disenso y el pensamiento crítico; en la guerra se promueve la uniformidad y la sumisión irreflexiva. En la universidad se defiende el derecho de cada quien a construir la vida que sueña; en la guerra se le impone el deber de entregar su vida por orden ajena. En la universidad se admira el pensamiento; en la guerra se admira la fuerza. En la universidad son héroes quienes obtienen buenas calificaciones y ayudan a sus compañeros; en la guerra son héroes quienes acumulan muertos y persiguen a sus enemigos. (Arias, 2013).

Referencias

Acuerdos de Chapultepec (2010). Acuerdos de paz 1992-2002. El Diario de Hoy. Recuperado de

<http://www.elsalvador.com/noticias/especiales/acuerdosdepaz2002/index.html>

Álvarez, A., López, M. & Morales, J. (1982). *El Salvador: la larga marcha del pueblo (1932-1982)*. Madrid, España.

Bonilla, M. E. (2012). Las instituciones de seguridad en Centroamérica: un paso adelante y otro atrás. *Revista de Humanidades*, volumen (3)

Carcach, C. A. (2008). *El Salvador: mapa de la violencia y su referencia histórica*. San Salvador: Centro de monitoreo y evaluación de la violencia desde la perspectiva ciudadana.

Casaus, M. E. & Castillo, R. (1989). *El Salvador, 1978-1987. Balance de una década*. Madrid, España: Centro Español de Estudios de América Latina (Cedeal).

Díaz, C., Romero, J. & Morán, S. (2010). *Los conflictos armados de Centroamérica*. Madrid, España: Ministerio de Defensa.

Gordon, S. (1989). *Crisis política y guerra en El Salvador*. México D.F., México: Siglo XXI Editores S.A.

Organización de Naciones Unidas (ONU), (1993). *Comisión de la Verdad. De la locura a la esperanza. La guerra de 12 años en El Salvador*. Recuperado de

<http://www.derechoshumanos.net/lesahumanidad/informes/elsalvador/informe-de-la-locura-a-la-esperanza.htm>

Oscar Arias, presidente de la paz. (2013). Bucaramanga: Unab. Recuperado de <http://www.unab.edu.co/content/%C3%B3scar-arias-presidente-de-la-paz>.

Odelberg, W. (Ed.). (1988). *Solo la paz puede escribir la nueva historia*. The Nobel Peace Prize 1987. From Les Prix Nobel (Nobel Foundation). Stockholm, 1988. Recuperado de http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/1987/arias-lecture-sp.html